# *Madre del Dolor, Madre del Amor*

Juan Antonio Vives Aguilella

Juan Antonio Vives Aguilella

# *Madre del Dolor, Madre del Amor*

2ª EDICIÓN

RELIGIOSOS TERCIARIOS CAPUCHINOS

MADRID 2007

**DEDICATORIA:**

*A la Fundación Universitaria Luis Amigó de Medellín (Colombia) —y de modo particular a su Rector, el padre Marino Martínez Pérez— en agradecimiento por el detalle que han tenido conmigo al otorgarme el Doctorado "Honoris Causa" en Pedagogía.*

Pintura de la Virgen de los Dolores que la tradición amigoniana asumió como propia desde 1889. (*El óleo que aquí aparece presidió por muchos años la parte baja del retablo del altar mayor de la Iglesia de los Terciarios Capuchinos en Godella*).

**"AHÍ TIENES A TU HIJO, AHÍ TIENES A TU MADRE"**

Cuadro del pintor colombiano Ramón Vázquez, alegórico de la espiritualidad y misión de los amigonianos. En él, María simboliza el amor maternal que debe distinguir la vida de quienes se sienten llamados a educar a los niños y jóvenes en dificultad. (*La pintura se conserva en la Casa de los amigonianos en Madrid –Cundinamarca-Colombia–*).

# Prólogo

La única pretensión de esta pequeña obra —que alcanza ahora su segunda edición[1], y ha merecido ya el triste galardón de ser plagiada[2]— es la de compartir con los lectores la riqueza —espiritual y pedagógica a la vez— que ha supuesto para la identidad amigoniana la constante presencia de María, asumida particularmente a través de su dimensión dolorosa.

Hablando en amigoniano, la *espiritualidad* se transforma con naturalidad en una *pedagogía* que encuentra en el joven en dificultad su principal sujeto de acción.

Por ello, la fe en un *Dios Padre* se hace "sacramento" entre los amigonianos en la "adoración" del hombre, del *joven necesitado,* al que hay que contribuir a "recrear", propiciando que *se sienta amado,* merced a una educación que le testimonie el amor individualizado, personificado, con que el *Creador* le amó en su origen y le sigue amando en la dinámica del día a día.

Por ello, también, la *Cristología* —centrada y asimilada en su integridad desde la figura del *Buen Pastor*— es para los amigonianos un compendio de actuación pedagógica que las propias Constituciones recogen así: *Nuestra misión* —dicen— *nos constituye testigos e instrumentos del amor de Cristo a los jóvenes y nos exige encarnar las actitudes del Buen Pastor, que conoce a las ovejas, camina delante de ellas, busca a las que se pierden, comparte sus alegrías y penas, aprende por experiencia la ciencia del corazón humano, y da la vida por todas.* La mejor adoración, pues, que un *seguidor de Luis Amigó* puede hacer del "Misterio de Cristo" es la de asimilar y expresar sus sentimientos ante la oveja que necesita ser buscada y encontrada.

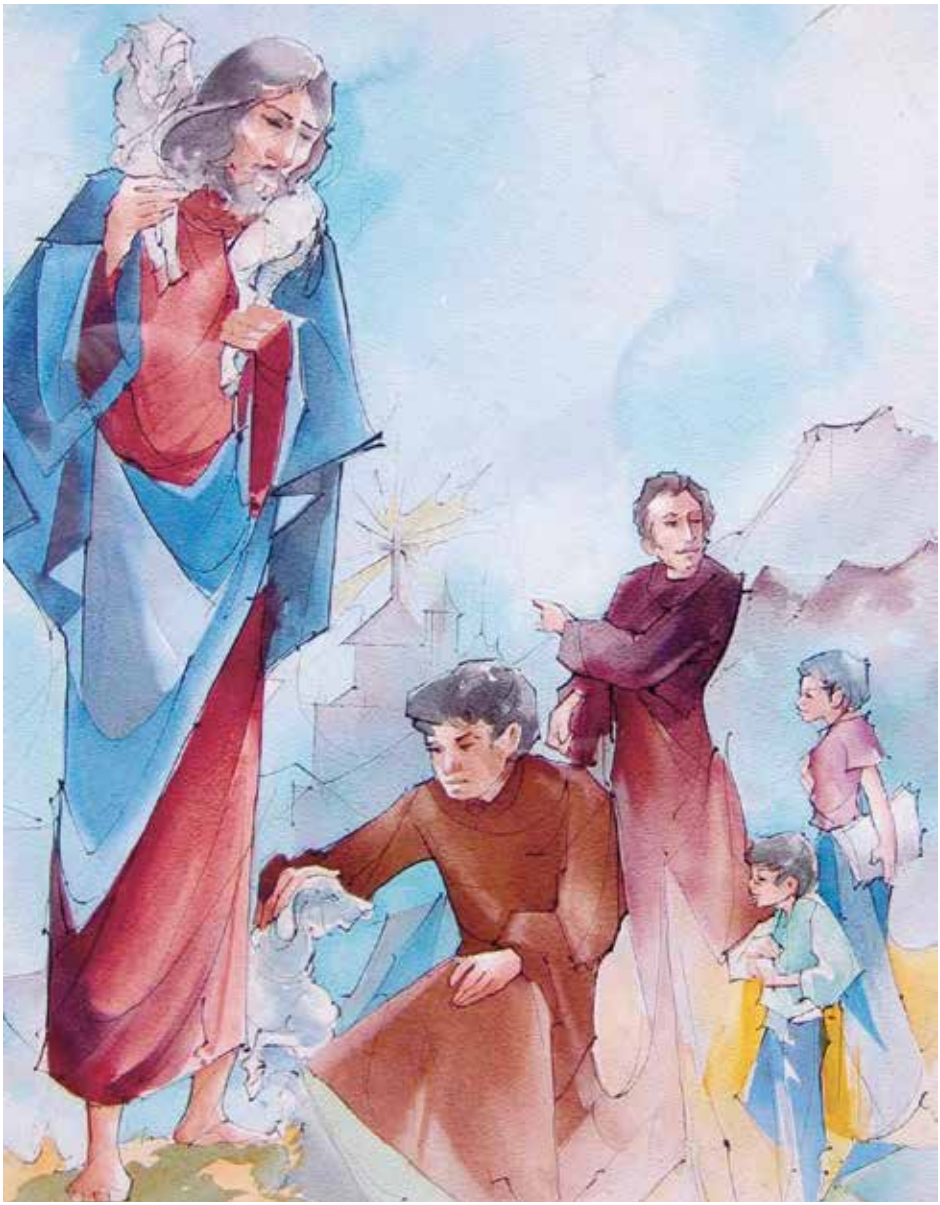
---

1 La principal novedad de esta segunda edición es la de incluir en la misma una interpretación pictórica de los dolores de María, elaborada por un religioso amigoniano. Es la primera vez, en la historia de la Congregación, que un religioso terciario capuchino hace una interpretación tal.

2 Dicho plagio se produjo en la obra de Pablo García Macho *María junto a la Cruz* que la Editorial San Pablo publicó en 2005. En ésta, García Macho, contentándose sólo con una referencia en la bibliografía, pero sin citar expresamente a pie de página, cual hubiese sido lo propio y lo correcto, copia literalmente —en las páginas 46-47, 71-74, 86-88, 101-103 y 125-126 de su libro— lo que en la obra que aquí se prologa se escribe en las páginas 27-28, 31-32, 35-36, 39-40 y 43-44 respectivamente.

Y por ello, finalmente, la misma *Mariología,* asimilada y vivida junto a la figura de la *Madre de los Dolores*, constituye para los amigonianos un compendio más de actuación pedagógica, como reflejo que es —desde su *identidad femenina* y su *vocación de Madre*— de los sentimientos mismos del Buen Pastor. *María al pie de la cruz* —escriben en este sentido las Constituciones de los terciarios capuchinos— *es ejemplo de aquel amor maternal que debe de animar a quienes, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres. Su fortaleza y ternura de Madre inspira y estimula la propia dedicación apostólica, como fieles ejecutores, a favor de los jóvenes, de la herencia y voluntad de Jesus: "Ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu Madre".*

Venerable padre Luis Amigó. Fundador de las religiosas y religiosos amigonianos y gran propagador de la devoción a la Virgen de los Dolores. (*Óleo del pintor colombiano Ramón Vázquez, que se conserva en el Salón de Juntas de la Rectoría de la Fundación Universitaria Luis Amigó, en Medellín –Colombia–*).



Alegoría del *Buen Pastor*, obra del pintor colombiano Ramón Vázquez, que se conserva en los locales de la Fundación Universitaria Luis Amigó de Medellín.

El Buen Pastor es el Maestro del ser y hacer amigoniano desde su vida toda y particularmente desde las actitudes que distinguen su "ir tras la oveja descarriada". Y esas mismas actitudes —que testimonian las principales tonalidades del *amor misericordioso* que debe identificar la vida y actuación de los seguidores de Luis Amigó— encuentran su más fiel reflejo —como se verá en estas páginas— en el mensaje amoroso que María trasmite en todos y cada uno de sus dolores.

# Un poco de historia

Antes de entrar de lleno en la presentación de la *Madre de los Siete Dolores*, según la siente y vive la tradición amigoniana, puede ser interesante hacer un poco de historia sobre la persona que inició dicha tradición, sobre cómo la devoción a la *Dolorosa* fue cobrando en él y en sus seguidores una fisonomía propia, y sobre la imagen misma con que se ha representado tradicionalmente todo ese rico patrimonio espiritual y mariano.

### *Un hombre*

El 17 de octubre de 1854 nacía en Masamagrell (Valencia-España), en el hogar formado por don Gaspar Amigó y doña Genoveva Ferrer, el cuarto hijo del matrimonio, a quien se le puso en el bautismo el nombre de José María. Él sería, con el tiempo, el fundador de las *Hermanas Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia* –el 11 de mayo de 1885– y de los *Religiosos Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores*, el 12 de abril de 1889.

Pero el padre *Luis Amigó* –como fue conocido después el pequeño José María– aparte de fundar esas dos congregaciones religiosas cuya espiritualidad se trasfundiría al mundo seglar en el ámbito de la *familia amigoniana*, fue también un gran propagador de la devoción a la Virgen de los Dolores y confirió a esta misma devoción una tonalidad propia, nacida de la vivencia espiritual que distinguió su vida y actuación.

Y es precisamente esa tonalidad propia –entretejida de amor y de realidad pascual– la que se quiere poner de manifiesto a través de este pequeño folleto.

### *Una devoción*

La devoción del padre Luis Amigó a la Virgen de los Dolores se puso particularmente de manifiesto en la fundación de sus terciarios a quienes quiso colocar bajo su directo patrocinio:

*-Todo dispuesto para que pudiese hacerse la inauguración de la Congregación el día de Nuestra Madre de los Dolores* –nos cuenta él mismo–*, el 2 de febrero de 1889, puse las Constituciones de la nueva Congregación en las manos de la Santísima Virgen de los Dolores y le pedí que bendijese y recibiese bajo su protección y amparo la fundación que iba a hacer en su honor.*

No obstante, dicha devoción empieza a gestarse en sus primeros años de vida. Siempre se ha dicho que el cariño del padre Luis a la Virgen de los Dolores tenía claras raíces familiares, aunque, quizás, no se ha resaltado lo suficiente un hecho que, a mi entender, constituye el motivo principal y más profundo del mencionado cariño.

En la casa de los Amigó y Ferrer, no todo era de color de rosa. El matrimonio –formado por dos personas extraordinarias– se quería entrañablemente y se mantenía íntimamente unido, pero había problemas, que incidían particularmente en el ámbito económico y que atormentaban la vida de doña Genoveva. De hecho, cuando ya en la madurez de sus años, el padre Luis se decide a presentarnos a sus padres en el pórtico de su autobiografía, dice así de su madre:

*–No he conocido señora más sufrida; y tan prudente, que jamás se conocía por su semblante los disgustos o penas que la atormentaban, pues decía que ninguna culpa tenían los de fuera de nuestras tribulaciones.*

No es difícil descubrir, tras esa escueta descripción, la figura de una verdadera *madre dolorosa*; de una madre que sufre intensamente por los suyos porque los ama de manera entrañable.

El propio hogar familiar –a través de la figura materna– fue, sin lugar a dudas, la gran escuela donde el padre Luis empezó a comprender el sentido salvífico del sufrimiento humano cuando es asumido con talante cristiano, es decir, cuando es asumido *por amor* y *con amor*. La vida posterior se encargaría de hacerle comprender, con más radicalidad aún, la lección, y, a quien le preguntaba el porqué de su extraordinario cariño a la Virgen de los Dolores, solía responder con la sonrisa en su semblante y con ojos que denotaban su emoción:

*–Porque al pie de la cruz es donde María nos ha demostrado ser más madre.*

Con los años también, y conforme sus terciarios y terciarias se fueron adentrando en el quehacer apostólico entre los niños y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, el Señor le haría comprender lo acertado de su decisión de poner a los religiosos bajo el patrocinio de la Virgen de los Dolores y de resaltar además esta dimensión mariana en la figura materna de la Familia de Nazaret que

quiso como patrona y protectora de su fundación femenina. Dicho apostolado entre los menores marginados le ayudó a comprender a cabalidad cómo, por lo general, detrás de todo niño o niña, detrás de todo joven con problemas, suele encontrarse la figura silenciosa de una madre, que *sufre* porque *ama* –con amor inquebrantablemente fiel y con cariño proporcionado a sus necesidades y carencias– a quien es, ante los ojos del desamor, alguien sin ningún valor o, incluso, un mero estorbo social.

### *Un cuadro*

Todo ese mensaje de *amor* y de *dolor* quedó simbolizado, desde 1889, en la expresión de la imagen de María con que se abre este folleto.

La historia de dicha imagen dentro de la tradición amigoniana es interesante y no deja de reflejar, de alguna manera, la acción silenciosa, pero eficaz, del Dios providente.

Se dice que cuando los terciarios capuchinos llegaron a su primera morada –la Cartuja de Ara Coeli en El Puig– encontraron, abandonada entre sus frías y destartaladas estancias y pendiente de una de sus paredes esa litografía en la que aparece la Virgen con el corazón traspasado por siete espadas y llevando en sus manos la corona de espinas y los clavos de la pasión de su Hijo.

Emocionados por el hecho y leyendo en aquel fortuito pero cálido encuentro la voluntad de Jesús que, de alguna forma, les repetía las palabras pronunciadas desde la cruz –*Ahí tenéis a vuestra Madre*–, aquellos primeros terciarios capuchinos acogieron aquella imagen como la propia y oficial de la Congregación y, al abandonar meses más tarde la Cartuja, lo único que de ella se llevaron fue precisamente aquel cuadro que –después de encabezar su festiva entrada en Torrente y la toma de posesión del viejo convento alcantarino de Monte Sión– presidió, como verdadera madre, la comunidad que un año más tarde se hizo cargo de la Escuela de Reforma de Santa Rita, en Madrid, el primer centro en que los seguidores del padre Luis Amigó ejercieron su apostolado específico en favor de los niños y jóvenes con problemas de conducta.

Años después –en 1905– una litografía gemela de la que tenían como "propia y oficial" los religiosos amigonianos, se hizo mundialmente famosa al protagonizar en el Colegio de los jesuitas de la ciudad ecuatoriana de Quito un hecho prodigioso que alcanzó rápida difusión.

*Icono, obra del religioso amigoniano nacido en Polonia Adam Siudem, que se conserva en la Curia de la Provincia amigoniana de Luis Amigó en Madrid (España). En él se conjuga, de forma artística, la técnica del icono clásico —adornado con elementos más modernos de la pintura clásica— con la genuina expresión de los valores más identificantes de la amigonianidad.*

AHI TIENES A TU MADRE

# Los Dolores de María, siete lecciones de amor

El dolor por el dolor no es cristiano. Las palabras de Cristo: "*Padre, si es posible pase de mí este cáliz*", son la sentida súplica del Hombre-Dios que en los umbrales de su pasión anhela encontrar en la oración sentido a su sufrimiento. Cristo no goza sufriendo, y si acaba aceptando con serenidad el sufrimiento es porque descubre –no sin angustia ni sin dolor– que sólo sin renunciar a él se puede alcanzar la madurez de la propia identidad humana.

Creado a imagen y semejanza del *Dios-Amor*, el hombre es germinalmente un *proyecto de amor*. Sólo madurando en amor, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando y humanizando.

Dicho proyecto de amor implica, por su propia naturaleza, una *aventura* hacia el mundo de los demás, un *salir*, cual peregrino, *de la propia tierra*, del propio "yo", para descubrir junto a los otros una *nueva tierra* y resucitar con ellos a una nueva realidad. Pero encuentra su más fuerte y seria oposición en el hombre mismo. Éste en su libertad, siente constantemente la tentación de convertir la aventura –arriesgada, pero ilusionante– que supone el *viaje hacia el otro* y el encuentro con él a mitad de camino, en un mero *dar vueltas en torno a sí mismo*. El hombre en su *hambre de deidad*, en su ansia de feliz y plena identidad, se encuentra dramáticamente con la disyuntiva de optar por la *inversión de futuro* que implica una *felicidad* nacida del amor, y las *inmediatas gratificaciones* que le promete –cual "fruto maduro y sabroso" y a precio "de rebajas"– el propio endiosamiento. Halagado por el goce inmediato que le oferta el egoísmo, el hombre se siente más atraído por ser servido que por servir, por ser aplaudido que por aplaudir, por ser encumbrado que por encumbrar, por ser regalado que por regalar..., y, aunque a la larga o a la corta, el mismo hombre acaba siendo consciente de que el dar vueltas alrededor de sí mismo no le satisface ni plenifica, cuanto más egoísta ha sido, le resulta tanto más difícil y doloroso oponerse al fatal atractivo y a la irresistible seducción de la autoadoración.

Siendo fuerte para aceptar con gallardía y reciedumbre de ánimo las dificultades, contratiempos y sufrimientos que conlleva su pasión, Cristo ofrece

al hombre una gran *lección de vida*. Le muestra, con su propio ejemplo, que el *camino de la felicidad*, de la plena realización humana –que no es otro que el *camino del amor*– sólo puede recorrerse en la medida que se es *fuerte* para asumir con gozosa libertad y serena alegría el sufrimiento que supone el renunciar al *egocentrismo*. No se puede amar sin salir de uno mismo. La *capacidad de amor* guarda relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para decirse "no" a sí mismo. El que no es capaz de morir a sí mismo –*como hace el grano de trigo*– no descubrirá nunca el gozoso sentido de la propia razón de ser.

El mensaje de Cristo supone, en este sentido, una revolución cultural en medio de una concepción humana que, siguiendo la inercia de las mismas tendencias del hombre, valora más las *apariencias* que el *ser*; el *poseer* más que el *dar y compartir*, y el *dominar* más que el *servir*.

La escala de valores del evangelio –contenida en ese *arco iris del amor* que son las bienaventuranzas– exalta el ser plena y felizmente hombre, sobre el considerar a las personas como objetos, el tener y retener bienes o el rodearse de servidores. Y es precisamente en la tonalidad integral de este mensaje amoroso de las bienaventuranzas donde el hombre puede descubrir el sentido gratificante del dolor.

El dolor es cristiano en la medida que nace del amor y se orienta a madurar –por el amor mismo– la propia identidad humana: *Ya pudiera dejarme quemar vivo* –exclama Pablo en el paroxismo de su canto a lo más profundo del sentimiento humano–, *si no tengo amor, de nada me sirve*.

Pero al aceptar en sus vidas el dolor y el sufrimiento, Cristo y María no sólo testimonian la necesidad estructural que tiene todo hombre de ser fuerte para *morir* a sí, si quiere *vivir* con y para los demás, sino que ponen también de manifiesto la dimensión salvífica que el propio sufrimiento adquiere con relación a los demás. Desde esta perspectiva, el dolor –asumido con talante cristiano, es decir, asumido por amor y con amor–, al tiempo que constituye un claro testimonio de *fidelidad inquebrantable* a la persona amada –pues *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*–, denota en la persona que ama una decidida voluntad de *transmitir vida* al otro.

Cristo se empobrece para enriquecer a los hombres desde su vaciamiento; da la vida, no para quedarse él muerto, sino para recobrarla de nuevo y para que los demás, a través de su generosa y total donación, *tengan vida y la tengan en abundancia*.

Y el dolor de la Madre, como el del Hijo, es también, por esencia, un dolor salvífico, pascual; un dolor que surge del mismo amor misericordioso que siente Dios por la humanidad y se orienta a restituir al hombre la plena capacidad de amor y de felicidad con que fue revestido originalmente como imagen y semejanza de su Creador.

Por todo ello, el dolor de María, como el de Cristo, no es frustrante ni deprimente, antes bien, constituye una bella y patente expresión de amor. Y es precisamente desde esta profunda visión pascual del dolor, desde la que nos acercaremos ahora a la figura de María para adentrarnos en el mensaje que quiere transmitirnos desde la advocación de *Madre Dolorosa*.

A partir de la visión pascual del dolor, no se puede acentuar más el adjetivo *Dolorosa*, que el substantivo *Madre*. María sufre voluntariamente porque ama, con amor maternal, a su Hijo y, en él, a todos los hombres, y sus *dolores* –verdaderas *lecciones de amor* en su singularidad– expresan, en su armónica y conjuntada policromía, los variados matices que confieren su sello de verdadera identidad y garantía al amor mismo. En consecuencia, no debiéramos separar nunca las expresiones *Madre del Dolor*, *Madre del Amor*, pues tras la advocación de *Dolorosa* se encuentra presente, de un modo del todo singular y extraordinario, el mensaje del amor, de la *maternidad* de María.

*La representación que aparece en la página 21 —como la de las otras seis que introducen cada uno de los dolores restantes— es uno de los detalles que rodean el icono pintado por el religioso Adam Siudem.*

*El díptico que aparece en la página 22 –como el de los otros seis que completan esta serie de los Dolores–, se conserva en el Seminario San José, de Godella. Estos dípticos son copia de los Dolores que pintó Janssens para la Catedral de Amberes. Los autores de las copias son: un tal Teruel (primera tabla del 1er dolor); A. Novella (2º y 6º dolores), y el godellense José Corell (todo lo restante).*

## 1er dolor: La profecía del anciano Simeón

*"Simeón dijo a María: una espada te traspasará el alma"* (Lc. 2, 35).

# Querer al otro como es

El primer dolor de María nos trae como principal y fundamental *lección de amor* la de *querer al otro como es*.

En la *profecía de Simeón* se resalta, en un primer lugar, la obediencia y oblación de María al plan salvífico de Dios cuya mejor expresión se encuentra en su *fiat*. Un fiat que es una constante en la vida de María, pero que tiene particularmente tres expresiones más significativas. En la primera –en la Anunciación–, María, con su *fiat*, acepta, de corazón y sin fisuras, el plan de Dios que le obligaba a variar el propio *proyecto de vida* tal cual ella misma lo había soñado. En la segunda –en el *Magnificat*– el *fiat* se hace poesía y canción, al atribuir María a Dios, con toda naturalidad, la centralidad y protagonismo de una acción salvífica que Isabel, llevada por la emoción, había exaltado en la persona de quien la visitaba. Y la tercera expresión se produce precisamente en el momento en que María –al presentar a su hijo en el templo y escuchar de labios de Simeón la profecía de lo que aquel niño sería y de lo que ella, como madre, tendría que sufrir por él– mantiene sin titubeos su plena adhesión a la voluntad de Dios, limitándose a *conservar cuidadosamente todo aquello en su corazón*, es decir, limitándose a *amar*, limitándose a querer a su hijo "tal cual era" y a aceptar los acontecimientos "tal cual Dios los había dispuesto".

Por todo ello, este primer dolor, aparte de introducirnos en la dinámica de la *obediencia* a la voluntad divina –verdadero quicio de la vida espiritual del padre Luis Amigó que llegó a descubrir en la adhesión al querer de Dios la *mejor prueba de amor hacia Él*–, nos introduce también en la *dimensión misericordiosa* que tiene, por su propia naturaleza, el amor, al enseñarnos a *querer a las personas "tal cual son"*.

Frente al criterio unificador de la justicia humana que tiende a equiparar a todos los hombres ante la ley, la misericordia se inclina por aplicar parámetros personales.

La misericordia, pues –ese *lenguaje al corazón del otro*, esa *ternura personalizada* que ama más allí donde existe una mayor necesidad o carencia–, aunque posee, como se irá profundizando en las *lecciones de amor* que nos traen los otros

seis dolores de María, una gran variedad de matices, se distingue e identifica fundamentalmente por la *fidelidad* inquebrantable que manifiesta el amante. Una fidelidad cuyo referente primero y último es en todo momento la *persona* del amado a quien se acoge, se comprende y se ama *como es*.

*Amar a la medida del amado* se constituye así en una de las expresiones más identificantes del sentimiento misericordioso, o, si se prefiere, en la expresión de amor más *pura*, más incontaminada de egoísmo.

No es fácil, sin embargo, amar al otro con esa *desnudez del propio yo*, con esa *desapropiación del tú*, que implica el quererlo *desde él* y *para él*.

Y no obstante, *amar al otro como es*, constituye la única forma de *amarlo de verdad*. Si no se le quiere así, no se le llega a querer nunca.

Amar al otro, no desde el propio *yo*, sino desde su *tú*, es la única manera de quererlo como persona, sin hacer de él un objeto; es la única manera de *quererlo a él* y no, de *querernos a nosotros mismos en él*.

¡Cuán fácil nos resulta objetivizar a las personas bajo el manto del amor! ¡Con qué naturalidad tendemos a reflejar, y a veces idealizar, en los otros lo que nosotros mismos somos, o lo que nos hubiese gustado llegar a ser! ¡Cuántos fracasos pedagógicos por haber querido hacer de los propios hijos o de los alumnos reproducciones clónicas de nuestro *ser* o de nuestros *sueños*!

*Querer al otro como es* implica serle *fiel* de manera plena y para siempre. Cuando se ha llegado a querer a la persona concreta desde su identidad, ya no se deja de querer nunca. Los "arrepentimientos" en el amor denotan, en este sentido, las inmadureces egoístas que han acompañado en la práctica nuestra pretensión de *amor puro*.

La dimensión personalizante del amor –necesaria siempre en toda relación humana– adquiere además una especial importancia cuando se trata de acoger a personas que sufren desarreglos de personalidad más fuertes y que acusan de modo más patente los consecuentes desarreglos conductuales. Las técnicas terapéuticas de la ciencia pedagógica necesitan ser aplicadas con una sensibilidad humana que debe ser tanto más expresiva, cuanto mayores puedan ser las carencias de aquellas personas a quienes se aplican. Lo que no consigue la mano técnica, lo consigue muchas veces la mano amiga.

La *pedagogía amigoniana*, encaminada a la educación de los menores en situación de riesgo o de conflicto; a menores que, por lo general, presentan grandes *carencias en su ser*, se ha distinguido, por ello, por ser sobre todo una *pedagogía a la medida*, una pedagogía en la que el sentimiento misericordioso ha sido vital y ha jugado un papel decisivo.

## 2º dolor: La huida a Egipto

*"Huye a Egipto, porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo"* (Mt. 2, 14).

# Afrontar con valentía las dificultades

Meditando con detenimiento el texto bíblico que refiere el segundo dolor, comprobamos que la actitud que mueve el actuar de María y de José en su marchar a Egipto no es la actitud temerosa de quien se esconde intentando escapar de la realidad, sino la actitud valiente de quien afronta con decisión y prontitud las dificultades del momento.

Aunque la piadosa tradición ha enunciado este dolor con la palabra *huida*, el contexto bíblico-espiritual nos invita a descubrir en María la actitud valiente del emigrante y peregrino que, por amor a los suyos, es capaz de dejar casa, trabajo, comodidades y seguridades para protegerles de un presente amenazador o para procurarles un mañana mejor.

Y es precisamente esa actitud de María la que constituye la gran *lección de amor* de este segundo dolor, que quiere enseñarnos a *afrontar las dificultades*.

El afrontar las dificultades es, sin duda, una de las más claras manifestaciones de esa *fortaleza de ánimo* que se requiere para la maduración integral y constante de la persona.

María, en todos sus dolores –pero de modo particular en este segundo que nos relata su marcha al destierro, y en el quinto, en el que se pone de manifiesto su actitud de permanecer de pie junto a la cruz– presenta junto a su semblante de *madre amorosa*, la fisonomía de la *mujer fuerte* que canta la Biblia.

La fortaleza que exalta en la mujer el libro de los *Proverbios* no es la energía física, ni tan siquiera la valentía que aflora en un momento de heroísmo; es más bien la *entereza*, la *gallardía moral* que se necesita para asumir la dolorosa renuncia a los propios egoísmos e ir madurando así en el amor. El *proyecto humano*, por orientarse a un crecimiento en humanidad *por el amor*, exige un crecimiento paralelo de la persona misma *en fortaleza*.

Con su precipitado y valiente viaje a Egipto, María nos testimonia, pues, en primer lugar *la fortaleza* que se necesita para asumir cada día la renuncia a los propios quereres y pensares como imprescindible camino para celebrar la pascua del amor.

Pero la invitación de María a la *fortaleza* no se queda sólo en el ámbito de lo personal, sino que se encuadra también en el de las relaciones con los demás.

En este último sentido, ese *afrontar las dificultades* que ella nos testimonia, nos estimula a no echarnos atrás, a no intentar huir de aquellas situaciones difíciles que trae consigo la vida.

El padre Luis Amigó solía decir a sus seguidores:

*–No huyáis del trabajo que se hace por Dios.*

Y, pensando en los niños y jóvenes con problemas, les insistía:

> *– No temáis perecer en los despeñaderos y precipicios en que muchas veces os habréis de poner para salvar la oveja perdida; ni os arredren los zarzales y emboscadas.*

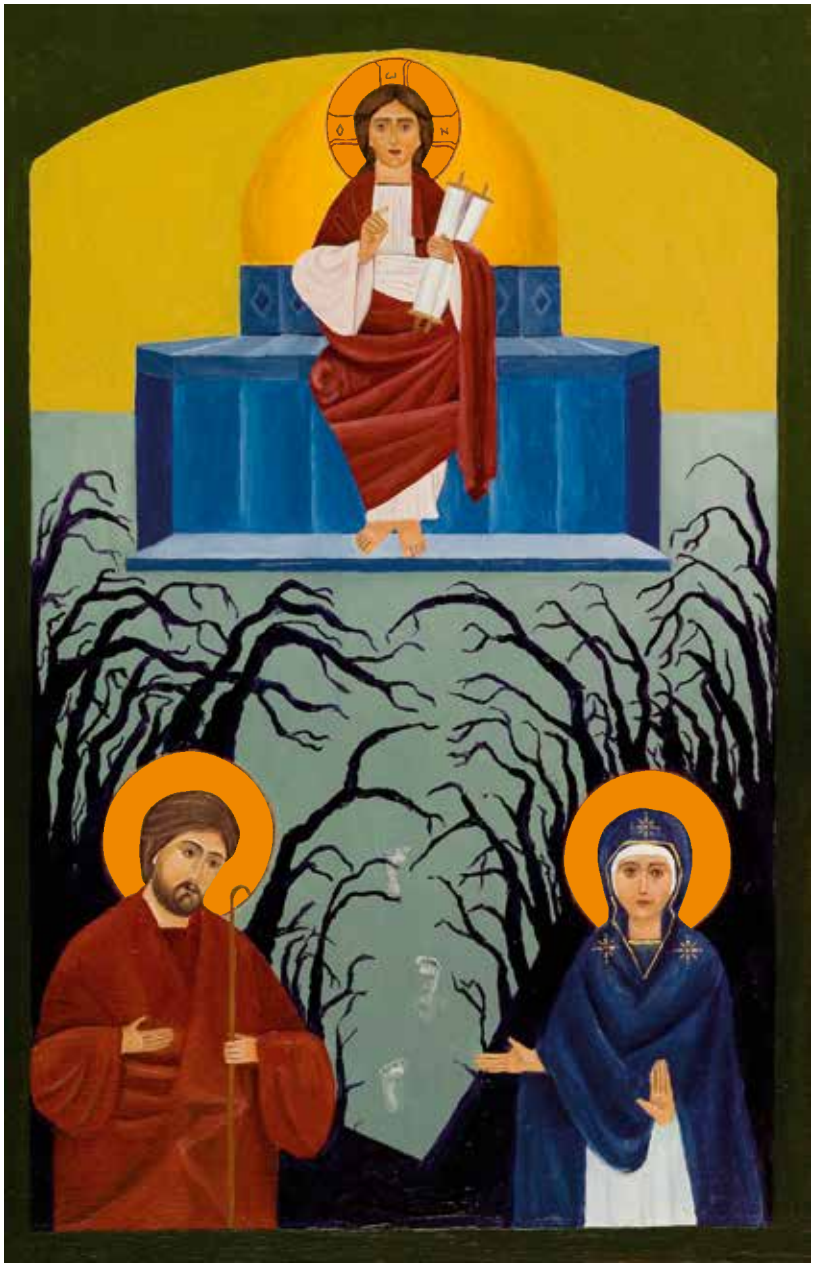
Además, ese *afrontar las dificultades* de que nos habla María en su segundo dolor ha tenido también su resonancia dentro de la pedagogía amigoniana.

El mundo de los jóvenes con problemas tiene, como una de sus más clásicas debilidades, la falta de la necesaria *fortaleza* de ánimo para poder hacer sus opciones más personales con la suficiente garantía de libertad. Esta carencia –que es, sin duda, uno de los hándicaps más serios que se encuentran para su integral recuperación– se ha visto acentuada por toda una tendencia cultural que se esfuerza por presentar la vida como una realidad *light* y por defender la evasión o el "pasotismo" como la mejor solución ante los problemas y dificultades.

Convencida, pues, de que la falta de la necesaria fortaleza para tomar opciones verdaderamente libres ante la vida, constituye una de las dificultades más serias y comunes entre los menores desadaptados, la pedagogía amigoniana ha considerado el desarrollo de la capacidad *de fortaleza y de autonomía*, en dichos menores, como uno de sus principales objetivos. Huyendo, en consecuencia, de los paternalismos que infantilizan con su atmósfera irreal, ha favorecido que el alumno fuese tomando conciencia de la realidad integral de la vida, y –con distintas terapias encaminadas a hacerle comprender que *en la vida todo cuesta y nada se da de balde*– le ha ido preparando para asumir con realismo y buen talante los encantos y desencantos de la vida misma.

Como punto final de esta segunda lección de amor, podríamos decir que lo importante es desechar en todo momento la tentación de ser *hombres-retaguardia* y asumir –con verdadera libertad y alegría– el ser *hombres-frontera*, es decir, hombres que, sin buscar insanamente dificultades o contrariedades, saben afrontar con gallardía el dramatismo vital que se entabla entre la disyuntiva de *crecer por el amor* o de *engordar por el egoísmo*.

## 3er dolor: La pérdida del niño Jesús



*"Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando"* (Lc. 2, 48b)

# Buscar con afán al descarriado

Es significativo que el evangelista Lucas, al relatar el acontecimiento en que se desarrolla el tercer dolor de María, use por tres veces el verbo *buscar* y, una de ellas, matizado además con el sentimiento de angustia. La búsqueda afanosa –cariñosa y preocupada a un tiempo– de quien anda por la vida perdido de orientación o necesitado de afecto y comprensión, se convierte así en la actitud más relevante de este pasaje bíblico.

Y esa misma actitud de búsqueda del descarriado –núcleo de la nueva *lección de amor* que María nos ofrece en sus dolores– es la que resalta también Luis Amigó a todos sus seguidores cuando les escribe:

> *–Vosotros, Zagales del Buen Pastor, sois los que habéis de ir en pos de la oveja descarriada hasta devolverla a su aprisco.*

*Buscar con afán al descarriado* constituye, primordialmente, una llamada a vivir en constante tensión por *encontrar*, cada día más y mejor, *en el amor*, el verdadero *tesoro escondido* que da sentido pleno y gozoso a nuestra existencia. Sólo desde la experiencia de *haberse encontrado a sí mismo* y haber descubierto el gozo del propio *ser* y *existir*, puede la persona concreta ponerse en camino hacia el otro. Cuando Cristo invita a sus discípulos a dejar las redes para ser *pescadores de hombres*, lo primero que quiere que aprendan es, precisamente, a *pescar su propia humanidad*, a asumir con decisión la agradable –aunque no exenta de dificultades– aventura de *ser plenamente hombres*. Dicho, si se quiere, de otra manera, el primer compromiso que se adquiere, al asumir la actitud de *buscar al descarriado*, es el de *emprender un viaje hacia el centro de uno mismo en busca del tesoro* –en ocasiones, perdido o devaluado– de la propia identidad humana.

Junto a ese viaje hacia el interior del propio ser, la actitud de María, en este su tercer dolor, constituye también una llamada a convertirnos en *buscadores del Absoluto*. Sabemos que sólo desde Dios –que nos hizo a imagen y semejanza suya por el amor– descubre el hombre, por el amor mismo, su plena identidad humana.

No obstante ello, Dios es, a menudo, el *gran marginado de nuestra vida* diaria y recurrimos a Él, cual talismán, cuando las cosas no nos van bien.

Por otra parte, desde nuestra propia identidad humana –iluminada e impulsada por Dios, y recuperada y acrecentada cada día *por el amo*r– la actitud de María, recorriendo con angustia todos los rincones de la vieja Jerusalén, nos estimula a convertirnos además en *buscadores infatigables de los demás hombres* y, particularmente, de quienes más necesitan *encontrarse* y *ser encontrados*.

Partiendo de esta última perspectiva, la actitud de *búsqueda* –al tiempo que manifiesta otro de los rasgos más típicos de la *misericordia*, es decir de ese *amor siempre fiel* que *ama al otro "como es"* y que es capaz de *amar más a quien más lo necesita*– nos impulsa entre otras cosas, a crecer constantemente en sensibilidad para percibir las angustiosas llamadas de ayuda que nos trasmiten, a veces desde el silencio, quienes nos rodean.

En una sociedad donde los compromisos amenazan con agotar nuestro tiempo y llegan a agobiarnos hasta casi "estresarnos", hay que tener la suficiente sensibilidad y coraje para saber dejar, en un determinado momento, las noventa y nueve cosas buenas que aún nos quedan por hacer o las noventa y nueve personas que pudiéramos atender, para buscar a quien, en su enfermedad, ancianidad, inexperiencia o desorientación está más necesitado de nuestra palabra de aliento o de comprensión, o, simplemente, de nuestra cercana compañía.

La pedagogía amigoniana ha contemplado siempre con especial cariño la actitud que María nos testimonia en este tercer dolor, que, por lo demás, nos hace recordar con espontaneidad la actitud misma de Cristo que, *dejando las noventa y nueve ovejas en el monte o en el desierto, va en busca de la extraviada*, consciente de que había venido a *buscar lo que estaba perdido*.

Uno de los testimonios más vivos y espontáneos de esa *predilección por los alumnos más necesitados*, que ha caracterizado clásicamente el sentimiento pedagógico amigoniano, nos lo ofrece uno de los educadores más castizos de la primera época, quien, sin grandes estudios teóricos, *había aprendido por experiencia* –como quería el padre Amigó– *la ciencia del corazón humano*:

> *Este alumno* –confesaba él en su diario– *es el que más me ha hecho practicar la humildad. Yo, cosa que no he hecho con nadie, le concedí los estudios (aunque no se los merecía). Por ser más "difícil", tengo que quererlo más; esto es lo que dicta la caridad; pero conste que fue producto de un grande esfuerzo moral mío.*

## 4º dolor: María encuentra a Jesús cargado con la cruz

*"Me levantaré y recorreré la ciudad. Por calles y plazas buscaré al amado de mi alma".* (Ct. 3, 2)

# Hacerse el encontradizo con el que sufre

El cuarto dolor no aparece narrado explícitamente en el evangelio, pero –a partir del texto del *Cantar de los Cantares* que la piadosa tradición ha considerado como el más logrado reflejo de los sentimientos que debió experimentar María cuando se dirigía presurosa al encuentro de su Hijo– se puede deducir fácilmente que la *lección de amor* que la Virgen nos ofrece en este pasaje es muy similar a la que hemos meditado en el tercer dolor.

No obstante, en esta ocasión no se trata tanto de *ir en busca de quien anda perdido*, cuanto de *salir al encuentro* de quien viene por el camino viviendo su viacrucis y cargado con la cruz del desafecto, de la incomprensión, del desamparo, de la enfermedad, de la persecución...

La actitud de María, que *se hace la encontradiza* con su Hijo cargado con la cruz, nos recuerda, de alguna manera, la actitud misma que el propio Cristo exalta en la figura del *Buen Samaritano*. San Lucas, nos lo cuenta más o menos así: un "legista", en su pretensión por encontrar sentido a la vida, le preguntó al Maestro qué tenía que hacer para ello. Y, tras un breve examen, en el que quedó patente que el *problema vital* no era un problema de conocimientos teóricos, el mismo Cristo señaló a aquel "buen" hombre que actuase, es decir, que *amase* –tal cual había respondido en la doctrina– y *viviría*.

Pero el problema de aquella "buena" persona era precisamente que no había aprendido a amar. Quería *amar al otro*, pero partiendo de sí mismo y poniendo el propio "yo" como centro de toda la acción. *¿Quién es mi prójimo?*, preguntaba inquieto, como esperando que se lo pusiesen delante, a la vista, para poderle hacer el bien. En principio, da la impresión de que Cristo no quisiera responderle, pues comienza por contarle un cuento, pero a través del mismo, va haciéndole ver que el problema para amar de verdad no está en saber *quién es mi prójimo*, sino en descubrir *cuándo soy yo*, en realidad, *prójimo del otro*.

El problema del amor –y algo de ello hemos apuntado ya en el primer dolor– no está en que no se quiera amar, sino en que no se sabe amar de verdad. Amar implica –se ha dicho ya– partir más de un *tú*, que de un *yo*; supone hacerle al

otro *un regalo a su medida*, y no, hacerlo a él *a la medida de nuestro regalo*. Y esta lección de *amor a la medida* –que hemos visto también en el primer dolor– nos viene resaltada ahora, desde una perspectiva complementaria, en éste. La actitud que se resalta aquí, en este cuarto dolor, no es la de un "*yo*" que se siente feliz por haber encontrado a "su" prójimo, sino la de un "*nosotros*" que ha empezado a nacer cuando una persona, descendiendo de su propia cabalgadura, es decir, dejando aparte toda sombra de egoísmo, se ha hecho tan próxima y cercana a otra, se ha hecho de tal manera *todo para ella*, que más que *vivir un encuentro* con ella, se ha convertido ella misma para la otra en *encuentro*.

En medio de una cultura que tiende a favorecer más la individualidad y el aislacionismo, que los momentos de verdadero encuentro personal, *hacerse el encontradizo* con el otro puede constituir un valor que nos impulse a desarrollar y madurar de manera particular la dimensión comunitaria y social que tiene necesariamente el amor.

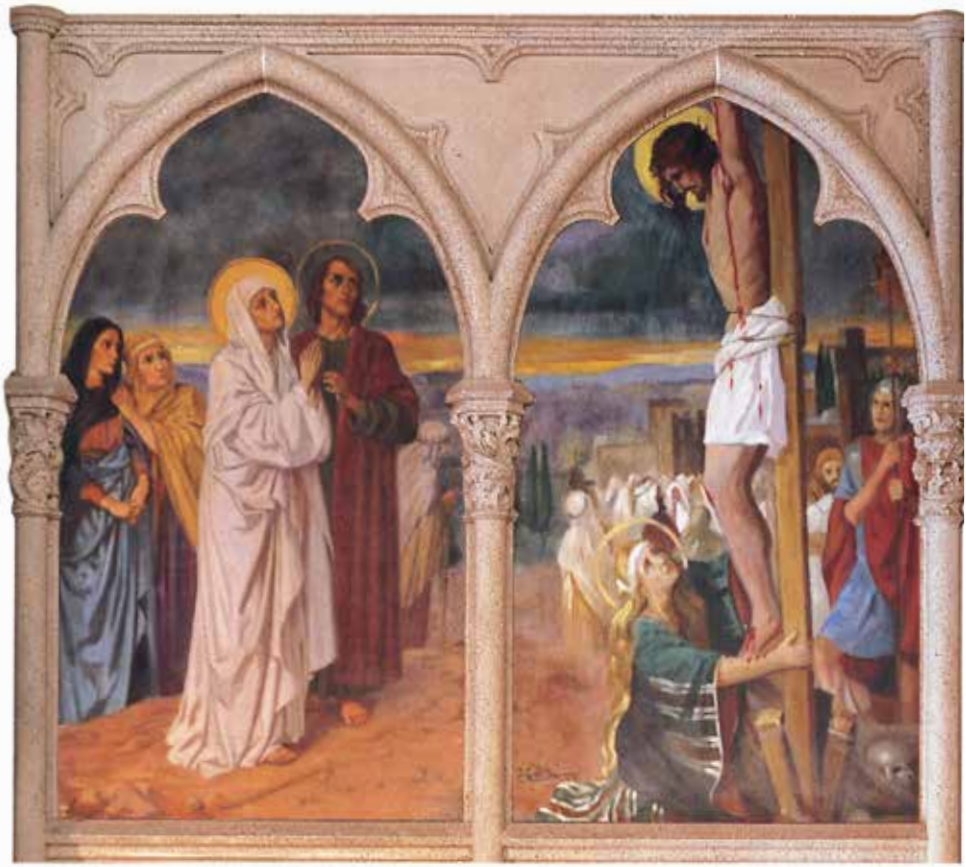
En ese último sentido, *hacerse el encontradizo* con el otro podría implicar, por ejemplo, el convertirnos en *profetas de la palabra hablada y del diálogo*. Resulta paradójico que en medio del gran protagonismo alcanzado por los medios de comunicación, el hombre actual esté perdiendo de alguna manera su capacidad para ser agente, y hasta artista de la palabra, como vehículo de trasmisión de los más profundos sentimientos. Se presta, por ejemplo, gran atención a los medios de comunicación hablados, pero se tiende a expresar poco. Y en un ambiente tal, no es infrecuente encontrar, incluso familias, en las que sus miembros han perdido casi totalmente la capacidad de encuentro y viven, en medio de la cercanía física con los otros, un profundo sentimiento de solitaria soledad.

Por otra parte, ese valor de *hacerse el encontradizo* con el hermano –y de modo particular con el hermano en dificultad– ha tenido también su incidencia dentro del ámbito de la pedagogía amigoniana, que, desde los primeros tiempos, ha pedido a sus educadores la suficiente sensibilidad para saber aproximarse y hacerse cercanos en el momento oportuno, al alumno más necesitado:

> *–Cuando haya recurrido a todos los medios para llevar a un alumno por el camino del bien, y él se obstina en ir por el del mal* –encarecía a los educadores amigonianos uno de los textos pedagógicos más tradicionales– *busque una persona experimentada, para que "haciéndose el encontradizo con él", le hable al corazón.*

## 5º dolor: María al pie de la cruz

*"Junto a la cruz de Jesús, permanecía de pie su madre"* (Jn. 19, 25)



# Mantenerse de pie junto al desamparado

La actitud fundamental que nos testimonia María en su quinto dolor se encuentra expresada lacónica e intensamente a un tiempo, en ese clásico *Stabat* en que la concretó el verbo latino. Con ese *permanecer de pie*, erguida, sin desfallecer, junto a la cruz, la Virgen, por su *presencia* y *compasión*, participa y colabora de un modo del todo singular en la obra de la Redención llevada a cabo por su Hijo.

La presencia compasiva de María junto a la cruz es, quizá, la manifestación más extraordinaria de la *capacidad de encarnación* que necesitan todos aquellos que se sienten llamados a colaborar con Cristo en la gratificante tarea de crear una humanidad nueva y una nueva civilización cimentada en el amor. Para llevar a cabo su propósito de *hacer nuevas todas las cosas*, Cristo comenzó por *encarnarse*, por *despojarse de sí mismo y tomar la condición de siervo*, *haciéndose semejante a los hombres*. Sin encarnación, no hay redención. El padre Luis Amigó solía decir al respecto:

> *–Propio es del amor el procurar identificarse en un todo con el amado, elevándole de su condición si es necesario, o descendiendo de la suya el amante, para procurar una perfecta unión de entrambos.*

Por otra parte, la *presencia* junto a la persona que se quiere es, sin duda, una de las manifestaciones más claras de *amor incondicional*. Es significativo que junto a la cruz de Jesús sólo estuviesen los que se sentían unidos a Él por lazos de sangre o de profunda amistad; sólo estuviesen los que le querían verdadera e incondicionalmente. El permanecer junto al que se quiere cuando las cosas no le van bien, cuando arrecian las dificultades, y cuando todos tienden a abandonarle, es una clara prueba de que se quiere a la persona por lo que en realidad *es*, y no, por lo que ha podido representar en un determinado momento. María no aparece en los momentos en que a su Hijo le sonríe la vida y se le acumulan los éxitos; sabía que entonces estaría "bien" acompañado por los oportunistas que gustan cobijarse y arroparse bajo la gloria ajena, pero aparece, cuando todos, incluidos los que se habían declarado más incondicionales, lo abandonan.

Teniendo, pues, en cuenta lo que la *presencia* implica de capacidad de *encarnación* y de *amor siempre fiel y comprometido*, la actitud de María, erguida al pie

de la cruz, trae a nuestras vidas una *lección de amor*, entretejida de *generosidad* y de *compasión*.

*Generosidad* es, en un primer momento, el matiz que más llama la atención en el quinto dolor de María. Es la suya la generosidad misma de su Hijo quien, *renunciando a su señorío, asumió la condición de siervo* y se *empobreció para enriquecer*; es la suya la generosidad evangélica que nace del *desapropio*, del *no buscarse ni quedarse pagado consigo mismo*. Quien vive para sí o pone su seguridad en el *tener* es siempre tacaño en el compartir. Por otra parte, la medida de la verdadera generosidad no está en el *cuánto*, sino en el *cómo* se da. No consiste en dar más o menos, sino en el *dar* y en el *darse* sin retener bienes ni retener la propia vida, la propia riqueza personal. En un mundo, en el que muchas veces se pretende hacer feliz al otro con los más variados y costosos regalos, conviene recordar, desde el ejemplo de María al pie de la cruz, que el regalo más precioso, el único que puede, quizá, satisfacer las carencias, necesidades o insatisfacciones del otro, es el regalo de la propia persona hecha para él *presencia y compañía*.

Y junto a la generosidad, *la compasión*. Esa capacidad de *empatizar* con el otro, asumiendo, con sacral respeto, sus más íntimos sentimientos en el "sagrario" del propio corazón. Ese sentimiento, que no busca *hacer al otro parte de nosotros*, sino que, a ejemplo de San Pablo, tiende a que *nosotros mismos nos hagamos todo para él*:

> *–Hechos todo para todos* –escribía el padre Amigó– *andad siempre solícitos en el servicio de los prójimos, no perdonando medio alguno a este efecto, hasta sacrificar la propia vida si necesario fuera.*

Por lo demás, la presencia –amorosa y fuerte, de María junto a la cruz de su Hijo– ha estimulado también históricamente la actuación de los educadores amigonianos quienes con su saber estar sin limitaciones de horario al lado de sus alumnos, con su saber participar en sus actividades educativas y con su saber empatizar con sus sentimientos, han ido haciendo de la pedagogía amigoniana una *pedagogía de la presencia, de la cercanía y de la convivencia*:

> *–Hay que aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con nuestros alumnos y reír con sus alegrías* –decía un educador amigoniano de primera hora–.
>
> *–Comemos con nuestros alumnos, con ellos trabajamos, nos solazamos, y jugamos; les respondemos cariñosamente y sin reservas y se establece con ellos una mutua relación de estima y afecto* –confesaba otro–.
>
> *–Debemos actuar siempre* –añadía un tercero– *como "amor que vigila", es decir, como amor maternal siempre solícito por sus hijos.*

## 6º dolor: María recibe en sus brazos el cuerpo difunto de su Hijo

*"Fueron, pues, y retiraron el cuerpo de Jesús"* (Jn. 19, 38)

# Acoger con ternura al que viene

En el sexto dolor –cuyo relato, aunque no aparece explícitamente en la Biblia, es fácil imaginar, teniendo presente que el grupo de mujeres había seguido a Jesús hasta el Calvario, y en él estaba María–, la tradición ha resaltado siempre la *maternal ternura* de la Madre acogiendo al Hijo muerto. Posiblemente, ha sido Miguel Ángel el que mejor ha recogido este sentir unánime de la tradición en su famosa *Piedad*. En ella, aparece María –con lágrimas en los ojos, pero con una serena expresión, carente de amargura–, recibiendo tiernamente en su regazo el cuerpo de Jesús, mientras que con sus brazos, al tiempo que acurruca al Hijo muerto, parece mantener abierto el abrazo de bienvenida para los otros hijos ausentes. La Piedad –tal como la concibe Miguel Ángel– parece ser la madre de una gran familia, cuya capacidad de acogida no se agota nunca, porque sabe que siempre falta algún hijo por llegar.

La actitud de María en este dolor nos hace recordar la actitud que Cristo pone de relieve en el *Padre misericordioso* de la parábola, quien, tras esperar pacientemente al hijo que se le había ido de casa, lo acoge tiernamente y sin hacer preguntas cuando regresa, y lo privilegia y *prodiga* en su amor de padre, por ver en él al más necesitado de sus hijos.

Acogiendo cariñosamente en su regazo al Hijo muerto, María nos enseña, en este dolor, a expresar nuestro amor a los otros –y en particular a los más necesitados– con el tierno hálito de la *ternura*. A veces, el mayor don, regalado con brusquedad, produce rechazo, mientras que un pequeño detalle, realizado con ternura, conquista el corazón del otro. Se pueden hacer grandes cosas por el otro, pero si las formas con que las expresamos no denotan de alguna manera el cariño que las inspiran no serán signos creíbles. No basta con querer a la otra persona, es imprescindible que ella se *sienta querida*. La tierna sensibilidad que María manifiesta en su sexto dolor es una buena escuela donde aprender, no sólo a hacer *el bien*, sino a *hacerlo bien*; no sólo a amar, sino a hacer creíble ese amor en los pequeños detalles de la vida diaria. El detalle, por ejemplo, de María, cuando en Caná, en medio del bullicio de la fiesta, percibe la angustia y necesidad que atenazaba los ánimos de los jóvenes esposos, indica una sensibili-

dad, a flor de piel, que puede contribuir muy eficazmente a la edificación de una sociedad más humana, y a impartir una educación que, desde la familiaridad de trato de los mismos educadores, se encamine primordialmente a favorecer el crecimiento de la persona *en sentimiento* y en *capacidad afectiva*.

La aceptación cariñosa de quienes conviven con nosotros y el hecho de dispensarles en todo momento un trato amable, afable y familiar puede ser, entre otras, una buena manera de hacer propia esta nueva lección de amor que nos ofrece María. En ocasiones, la mera acogida amable de quien está en dificultad, o el mero escuchar, en silencio pero con sentimiento, a quien necesita comunicar su situación, puede constituir para él una ayuda tal, que le anime, de forma decisiva, a sobrellevar con otro talante, o incluso superar, su difícil situación. En el mundo mismo de los niños y jóvenes con problemas el hecho de acogerlos cariñosamente al momento de su llegada al centro educativo es ya un primer y positivo impacto que potencia extraordinariamente su recuperación. Conviene recordar, al respecto, que cuando el hijo pródigo se decide a volver a casa, lo hace movido, no tanto por el arrepentimiento de lo que ha hecho, cuanto por el egoísmo de las necesidades corporales, pero cuando su padre lo recibe con cariño y comprensión, su actitud se transforma y las palabras que tenía pensadas tan sólo en su mente –*Padre, pequé contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo*– brotan ahora de su corazón y quedan entrecortadas.

Y hablando de la educación de los niños y jóvenes con problemas, hay que poner de relieve que esa *lección de amor* –hecha de ternura y de profundo sentimiento humano, de acogida cariñosa y de trato afable– ha dejado honda impronta en la *pedagogía amigoniana*. Ésta, consciente de que el *lenguaje del corazón* convence, pues –como decía el padre Amigó– *las misericordias acaban haciendo un manso cordero al que era un lobo rapaz*, ha predicado desde antiguo la necesidad absoluta de que *los educadores hagan para con sus alumnos las veces de padres, les atiendan en todas sus necesidades y les traten siempre con verdadero cariño*:

> –*En todo ser humano* –se lee en un texto de la primera tradición pedagógica amigoniana– *hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos. Hace falta mucha paciencia y cariño en el trato de los niños. Más moscas se cazan con miel que con hiel...*
>
> –*Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los educadores* –proclama otro–, *se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen.*

## 7º dolor: Sepultura de Jesús y soledad de María, nuestra Madre

*"Pusieron a Jesús en un sepulcro excavado en roca... Las mujeres fueron detrás y vieron cómo era colocado su cuerpo".* (Lc. 23, 53.55)

# Esperar contra toda esperanza

La tradición ha resaltado en el séptimo dolor *la soledad* de María. Pero la soledad de la Virgen no es nunca tristemente solitaria, sino gozosamente contemplativa. Es en esos momentos de ausencia física del Hijo, cuando la Virgen, *que había mantenido fielmente la unión con Él hasta la cruz*, se siente unida de manera especial con el *Padre* por la fe y esperanza y, animada por el *Espíritu*, perpetúa la unión viva con su *Hijo* más allá de las fronteras de la muerte. Quizá por ello, María no corre con las otras mujeres al sepulcro el primer día de la semana a ungir el cuerpo de Jesús, pues por su ilimitada esperanza, vivió anticipadamente la Pascua.

Visto desde esta perspectiva, el séptimo es el dolor de la *pascua anticipada*, de la absoluta confianza en que, incluso contra toda humana esperanza, las cosas –y sobre todo las personas– pueden cambiar, pueden mejorar, pueden volver a la vida. Querer al otro "como es" –tal cual nos enseñaba María en su primer dolor– no implica el dejar de soñar y esperar para él un mañana mejor, o el dejar de pensar que la persona es un *ser* en constante maduración y cambio, y siempre con posibilidades de una progresiva mejoría.

La *lección de amor* que nos trasmite María en este último dolor se concreta pues, en *saber esperar, aun contra toda esperanza, en la "renovación" de las cosas y, particularmente, de las personas*. Una lección, por lo demás, que nos trasmite el propio Cristo –venido precisamente a *hacer nuevas todas las cosas*– cuando se acerca a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Nain a quien todos, resignados ya, acompañaban al cementerio, y –proclamando su inquebrantable fe en la vida y su ilimitada esperanza en un futuro siempre nuevo y mejor– les dice con convencimiento y autoridad: *Niña, ven aquí (Talitá kum), Joven, levántate (Adolescens, surge)*.

El corazón de quien no cree que las personas pueden cambiar y no espera ya en un mañana mejor, está endurecido para el amor. La fe y la esperanza sin amor, no sirven para nada; pero no existe amor, sin fe y esperanza.

La fe y la esperanza contribuyen eficazmente a que el hombre, sin dejar de ser realista, sin dejar de ver y valorar las dificultades presentes, *siga maduran-*

*do en el amor*, sin caer en desencantos o desánimos nihilizantes. No hay peor enemigo, en todo proceso vital, que la falta de fe y esperanza en un mañana mejor. Atisbar luz en el horizonte, por muy débil y vacilante que ésa pueda ser, es imprescindible para seguir luchando y esforzándose en la vida. Sólo quien ve el futuro todo oscuro, "tira la toalla".

*El esperar*, al estilo de Abraham, incluso contra toda esperanza; el tener una fe "a prueba de bombas" en la bondad natural del hombre y en su inagotable capacidad de recuperación, es, pues, un sentimiento, siempre irrenunciable en la vida, pero particularmente necesario en el ámbito de la educación. El educador que no cree en la posibilidad de cambio de sus alumnos difíciles, se limitará, en el mejor de los casos, a ser compasivo y comprensivo con ellos, pero no ejercerá en su integridad su misión educadora, que le compromete a ser un acompañante fiel de sus alumnos en su *proyección al futuro*.

Por ello, precisamente, ese sentimiento de la inquebrantable esperanza y confianza en la recuperación de toda persona, por muy desesperada que pueda parecer su situación en un momento concreto, ha sido tan clásico y vital para la pedagogía amigoniana, encaminada a la recuperación de los jóvenes con problemas.

Desde 1902, hay dos textos de la Biblia –relacionados con dicho sentimiento–, que han tenido especial resonancia en la tradición. Uno es el de los *huesos secos* –que se encuentran en el profeta Ezequiel– y el otro es el de la resurrección del hijo de la viuda de Nain, al que arriba nos hemos referido. Inspirados en estos dos textos –y confortados además por la lección de amor, que María nos ofrece en este séptimo dolor– los educadores amigonianos han mantenido siempre, como una de sus máximas educativas, la convicción de que los niños y jóvenes que educan, por muy faltos de vitalidad, por muy muertos que parezcan a toda posibilidad de recuperación, pueden ser devueltos a la vida, pueden resucitar a una nueva y mejor realidad personal:

> *-El verdadero amor a los alumnos* –escribe un educador amigoniano– *se muestra sobre todo en lo incansable de la solicitud por auxiliarles y ampararles; en la fidelidad, en la paciencia y en el aguardar hasta que llegue el tiempo; en la longanimidad con los que yerran, en la caridad que espera, perdona y que sigue incluso al que desdeña el seguimiento y hasta el que pudiera parecer ya perdido.*
>
> *-Para el buen educador* –escribía otro– *no existe el alumno "difícil".*

Versión de la Madre Dolorosa, centrada en su soledad, que fue realizada para los amigonianos por el pintor colombiano Ignacio Castillo Cervantes. (*Actualmente preside la capilla sepulcral de los religiosos terciarios capuchinos en Madrid –Cundinamarca-Colombia–*).

Icono que representa al Cristo Resucitado acogiendo a su Madre.

# Y tras el calvario, la gloria

Cada vez que recitamos el *Ángelus*, pedimos a Dios en la oración que, *conducidos por la pasión y cruz de Cristo, alcancemos la gloria de su resurrección*. Es una petición profundamente pascual que armoniza de modo admirable el dramatismo de la vida; es una petición en la que se conjugan a la perfección *el dolor y el amor* que se dan la mano en el misterio de la Redención. Pero es una petición, también, que se ha visto mediatizada por una de las manipulaciones más perniciosas –y desgraciadamente, no infrecuente– que se hace de la *Buena Noticia* cuando se pretende reducir la *gloria de la resurrección* para *el más allá* y se convierte, en consecuencia, *el más acá* en un triste y entristecedor *valle de lágrimas*, en un continuado *calvario*. Y nada más extraño al evangelio cuyo mensaje se orienta a salvar al hombre, *ya en el más acá*, del absurdo y del tedio de vivir y lo encamina a descubrir, *en el amor*, el secreto mismo de la *felicidad vital*. Las *bienaventuranzas –arco iris del amor*, como se han definido al inicio de este folleto– son, al mismo tiempo, un acabado *código de la felicidad*, en el que se le proponen, al hombre concreto, *ocho formas o caminos* para encontrar sentido pleno y gozoso a la propia existencia humana.

Precisamente, una de las constantes de la reflexión que aquí hemos realizado en torno a la figura de la *Madre del Dolor*, ha sido la de resaltar la dimensión de temporalidad que comporta, por su misma naturaleza, la gloria de la resurrección. María, a través de sus siete dolores, nos ha transmitido un *mensaje de vida* para el *aquí y ahora* de nuestra propia historia personal; para un aquí y ahora que, por lo demás está llamado a perpetuarse y plenificarse en el *más allá*. En cada uno de sus dolores, María ha ido resaltándonos los matices imprescindibles de un amor que, para ser de verdad, para ser el verdadero generador y secreto de la felicidad, necesita ser: *limpio y libre*, hasta el extremo de querer al otro "tal cual es"; *fuerte y decidido*, para afrontar dificultades; *sensible y disponible*, para percibir las demandas de ayuda de los demás y salir en su búsqueda; *descomplicado y sencillo*, para olvidarse de sí mismo y hacerse el encontradizo con quien lo necesita; *fiel y cercano* siempre, pero particularmente en los momentos más duros; *tierno y cariñoso*, con una ternura y cariño tales, que se expresen y

se hagan creíbles, incluso en los más pequeños gestos y detalles, y, de tal modo *convencido* de la bondad natural del hombre y *fiado* en ella, que nunca por muy negro que se vea el horizonte, deje de soñar y luchar por un mundo mejor y más humano.

No obstante, y ya en el momento de decir "adiós" a esta Virgen a la que hemos acompañado en esos siete pasajes dolorosos que jalonaron su vida y que enriquecen con una preciosa gama de tonalidades su testimonio maternal de amor, puede ser interesante hacer una última reflexión sobre el sentido pascual del dolor a la luz de ese *icono* que ilustra e introduce esta despedida.

Es un hecho que no deja de llamar la atención de quien conoce la Biblia, el que los evangelios no relaten ninguna aparición del Resucitado a su Madre.

La falta de relato no supone, sin embargo, que no se produjese una tal aparición. De hecho, la piadosa y secular tradición –nacida siempre de lo más hondo del sentimiento humano– expresó, de distintas maneras, su convencimiento de que fue su Madre, la gran privilegiada de las apariciones del Resucitado. Algo de ello, por ejemplo, se ha querido transmitir secularmente a través de la importancia capital que se ha concedido al *Encuentro glorioso* dentro de las clásicas y populares representaciones de la Semana Santa. Y en esa misma línea, considero que se encuentra el *icono* que centra ahora nuestra reflexión. En él, Cristo –que, aún conservando las llagas de su pasión, aparece rodeado ya de su gloria– acoge con toda ternura a su Madre que, con serena expresión, se deja como arrullar por él.

Desde esa perspectiva, dicho *icono* viene a ser como la contrarréplica o complemento de esa *Piedad* a la que nos hemos referido en el sexto dolor. Si en el grupo escultórico de Miguel Ángel era María la que acogía en su regazo al Hijo muerto, en este *icono* es el Hijo, resucitado ya y lleno de vida, el que acoge a su Madre. *Amor, con amor se paga*, dice el refrán. Y María que, por su cariño y fortaleza, había sido la testigo más fiel en los momentos de dolor, debía ser también después una singular y privilegiada testigo de la resurrección.

Cristo resucitado abrazando y confortando a María constituye, no cabe duda, una buena síntesis de todo lo que aquí hemos venido meditando. Una vez más se nos ha puesto de manifiesto que la vida, cuando es asumida en su integridad, conduce indefectiblemente a la *Pascua del amor*.

# Índice General


Prólogo ..... 7

Un poco de historia ..... 11

Los Dolores de María, siete lecciones de amor ..... 17

1er dolor: La profecía del anciano Simeón ..... 21

- *Querer al otro como es* ..... 23

2º dolor: La huida a Egipto ..... 25

- *Afrontar con valentía las dificultades* ..... 27

3er dolor: La pérdida del niño Jesús ..... 29

- *Buscar con afán al descarriado* ..... 31

4º dolor: María encuentra a Jesús cargado con la cruz ..... 33

- *Hacerse el encontradizo con el que sufre* ..... 35

5º dolor: María al pie de la cruz ..... 37

- *Mantenerse de pie junto al desamparado* ..... 39

6º dolor: María recibe en brazos el cuerpo de su Hijo ..... 41

- *Acoger con ternura al que viene* ..... 43

7º dolor: Sepultura de Jesús y soledad de María ..... 45

- *Esperar contra toda esperanza* ..... 47

Y tras al Calvario, la gloria ..... 51

© Juan Antonio Vives Aguilella
Maquetación, fotomecánica e impresión: Martín Impresores
C/. Pintor Jover, 1 - 46013 Valencia
Deposito Legal: V-4154-2007